

JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ

Hispanofilia

*Los tiempos de la hegemonía
española*

I



ÍNDICE GENERAL

HISPANOFILIA.

LOS TIEMPOS DE LA HEGEMONÍA ESPAÑOLA

I

<i>Sumario</i>	9
<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Siglas y abreviaturas</i>	13
<i>Introducción. Personas y tiempos</i>	15
a. El hombre invisible y la historia	15
b. Tiempos históricos y nudo temporal	35
c. Hispanofilia	55
I. EL REFLEJO, LA SOMBRA, EL ECO	77
a. Mirar hacia los dominios del rey católico.	77
b. Princesas prometidas y nietos del rey de España.	87
c. Cerca de la cátedra de Pedro.	101
d. Embajadores del rey, patronos de espías, amigos de rebeldes.	112
e. Los medios y hombres de la diplomacia.	137
f. Asuntos extraordinarios y prácticas ordinarias	146
g. Súbditos del rey: fidelidad y rebelión	159
h. Perseverar en el servicio de las armas	182
i. Servir a la majestad de Dios	195
j. Huellas místicas, presencias físicas	207
II. TIEMPOS DE REBELIONES NO SOLO CATÓLICAS	215
a. Los nuevos escenarios para el siglo XVI.	215
b. Los orígenes de la insumisión	236
c. Justificar la insurrección	249
d. El laberinto francés	258
e. Resistir a los Tudor y oponerse a los orangistas.	275
f. Un Mediterráneo entre dos imperios	287
g. Los aliados del rey de Portugal y los enemigos del rey católico ..	304
h. La Monarquía como recurso y el contexto como oportunidad ...	315

III. EL MOMENTO DE LA HEGEMONÍA	325
a. Pactando con el diablo	325
b. El escenario de una hegemonía (1580-1588)	335
c. Monedas a nombre de un rey muerto	349
d. Buscando a un rey	366
e. El fracaso	376
f. La supervivencia (1594-1601)	392
g. Un nuevo escenario (1600-1625)	413
h. Los huérfanos del rey de España y la nueva hispanofilia	435
i. El retorno de la guerra y los nuevos clientes del rey católico	446
 IV. LOS MEDIOS, LAS DINÁMICAS Y LAS CONSECUENCIAS DE LA INTERVENCIÓN	 457
a. Recibir a embajadores y premiar a los aliados	457
b. La construcción de fidelidades y los doblones del rey de España ..	470
c. Sostener a una resistencia y apoyar una guerra civil	497
d. Presidios, intervenciones militares y construcción de nuevas fidelidades	512
e. París, capital de la Monarquía Hispánica	538
f. Dinámicas de intervención y dinámicas de fracaso	584
g. Vencedores de guerras, propagandas, leyendas y reflejos del Imperio	594
 <i>Índice de mapas, tablas y gráficos</i>	 609
<i>Índice general</i>	611

HISPANOFILIA.

LOS TIEMPOS DE LA HEGEMONÍA ESPAÑOLA

II

<i>Sumario</i>	9
<i>Siglas y abreviaturas</i>	11
 V. UNA TIERRA DE PROMISIÓN	 13
a. Conversión, libertad de conciencia e interés	15
b. Exilios reales y nobiliarios	44
c. La fundación de los refugios (1530-1580)	57
d. Los exilios combatientes y los exilios de la <i>Pax Hispanica</i>	72

e. Comunidades de exiliados y asistencia hispánica	95
f. El destino de los exiliados	120
VI. REY DE ESPAÑA	139
a. El mensaje y el contexto.....	139
b. Un aliado digno, un pensamiento universalista	155
c. Protector, emperador y gran rey	167
d. Un conquistador, un libertador, un restaurador.....	181
e. Un sucesor legítimo, un suegro interesante, un juez eminente ...	203
f. Cuando el pueblo elige a su rey	218
g. Ganar los corazones	246
h. <i>Ad rege regendo</i>	258
<i>Conclusiones. En aquel tiempo reinando la santa España</i>	275
<i>Bibliografía</i>	287
<i>Índice onomástico</i>	371
<i>Índice toponímico</i>	387
<i>Índice de mapas, tablas y gráficos</i>	393
<i>Índice general</i>	395

Introducción PERSONAS Y TIEMPOS

Dexo las inuocaciones de los famosos poetas y oradores, no curo de sus ficciones que traen yerbas secretas sus sabores.

JORGE MANRIQUE, *Coplas por la muerte de su padre*,
Copla IV¹

A. EL HOMBRE INVISIBLE Y LA HISTORIA

El pretérito no es un presente imperfecto.² El pasado tuvo su propia legitimidad y no debería ser un espacio donde se desborde la moral y las prioridades de un momento actual que por experiencia sabemos, o deberíamos saber, que será tan fugaz como fue el propio pretérito. Recordar esta prevención de deontología histórica básica evitará proyectar en otros tiempos y otras sociedades nuestras esperanzas, aspiraciones y visiones del mundo y, en consecuencia, juzgar lo pasado desde nuestra realidad que ha sido así elevada a la posición de plenitud ahistórica. Asumir la cesura entre pasado y presente es ver a los agentes de aquel como algo más que simples sombras incompletas de nosotros mismos, como heraldos de un futuro que se define como el árbitro de la normalidad y que, a la vez, se confirma en un pasado al que coloniza e incluso inventa. Evitar una narrativa genealógica escrita desde el ahora hace que podamos comprender mucho mejor ese antes y que, en consecuencia, podamos entender mucho mejor el presente como un resultado histórico y no como la culminación de los tiempos que, necesariamente y movidos por fuerzas insondables, tendían a él como la balanza para juzgar un cosmos que, salvo cuando lo pensamos, dejó ya de existir y tuvo a unos protagonistas que se concibieron tan legítimos e íntegros en su moralidad como podemos serlo nosotros.

A finales del siglo XVI los señoríos del rey católico se desplegaban en los continentes europeo y americano, en las costas africanas, en las del océano Índico, en los golfos Pérsico y de Bengala, Indonesia, Filipinas y puntos concretos de Oceanía. Era el primer imperio en la historia de la humanidad que

¹ Uso la versión contenida en la edición de *Poesía completa*, Madrid, Akal Bolsillo, 1983, 155.

² La frase no es original, ya la usé como título para un texto de 2004 sobre los usos públicos del pasado, en el que se identificaban los factores que condicionaban una creciente distorsión del discurso histórico.

había alcanzado tal proyección y su existencia estaba contribuyendo a ligar las diversas regiones del planeta por lazos culturales y económicos. A diferencia del Imperio mongol no se trataba ahora de un poder centrado en su proyección continental euroasiática y, a diferencia del Imperio romano, del que en muchos aspectos y con justicia se veía como heredero,³ no se contentaba con regir solo una región geográfica, la cuenca del Mediterráneo o la de los grandes ríos africanos o asiáticos, sino que los ibéricos habían hecho añicos las concepciones tradicionales de los espacios políticos.

Un dominio de tales dimensiones también tenía sus límites, pues si las Indias Occidentales, al menos los territorios más sofisticados socialmente, habían sido incorporadas *de iure* y *facto* al mundo occidental, en África y Asia los europeos se limitaban a controlar pequeños territorios que les permitían liderar el comercio regional, pero no vislumbraban seriamente reemplazar a los grandes poderes locales. Si esta proyección se construyó de forma fulgurante, apenas entre 1480 y 1550, su monopolio mercantil no se pudo mantener mucho más tiempo y ya para el primer decenio del siglo XVII este empezaba a ser ignorado con éxito por las potencias del norte de Europa y rechazado por alguno de los poderes extraeuropeos más dinámicos. Es más, la propia posición preeminente del rey católico en el viejo continente fue discutida primero y superada después por un reino de Francia, cuya gran población y recursos terminaron por imponerse a la monarquía de los Austrias.⁴

Las preguntas a la que se intentará responder aquí son cómo esa Monarquía logró su momento de mayor proyección y cómo esto fue posible gracias a que más allá de sus fronteras muchas personas apostaron por aliarse con el rey de España para lograr sus propios fines. Esta hispanofilia y esos procesos de afinidad resultaron además contemporáneos a la debilidad de sus vecinos, lo que acrecentó aún más la imagen del poder hispánico. Fue un fenómeno que se dio en amplias regiones del planeta y que merece ser estudiado para aproximarse a lo que fue y lo que pudo ser la Monarquía Hispánica.

Esto plantea un problema histórico no menor que es el tipo de historia a construir para entender esa Monarquía emancipándola de las visiones dominantes, sesgadas y mecánicas. La historia clásica ha consagrado la singularidad de cada espacio como un ámbito de narración propio y hasta solo fechas relativamente muy recientes se ha dejado de considerar que la de la Monarquía Hispánica es algo más que la suma de las historias de Argentina, Costa Rica, Portugal, Italia, Bélgica, México, España, Cuba, la India..., o la adición

³ La conciencia de protagonizar una nueva forma de proyección imperial que oscurecía a la romana era bastante común en la retórica de los servidores del rey católico; Pagden, 1997, 62; Merluzzi, 2014; Grê Ponce, 2015, 248-251.

⁴ La producción reciente sobre la Monarquía Hispánica se puede seguir en Mazín Gómez, 2006 y 2013. Para una visión de conjunto sobre la historia de la Monarquía Hispánica y su proyección se remite al trabajo realizado junto a Vincent, 2007, y para una aproximación a los mundos ibéricos en toda su complejidad al libro escrito junto a Mazín, 2021.

de la historia de los territorios extraeuropeos y de los del viejo continente. Estas interpretaciones asumen de forma natural, inventándolas en no pocos casos, singularidades coherentes contrapuestas entre sí y generan lecturas movidas por una dinámica que bien puede ser la de las historias nacionales, la de las historias de mundos coloniales frente a metrópolis o la de las historias de grupos subalternos frente a dominadores. Obviamente, no se pueden negar las contraposiciones dentro de la Monarquía, aunque algunas como las étnicas o nacionales tal como se definen resulten más de la representación actual que de la de los contemporáneos, pero sí se puede considerar que tales interpretaciones, al limitarse a grupos sociales dados o territorios concretos, los esencializa, reduciendo así toda la potencialidad de interpretación histórica. Esto, dicho sea de paso, no es nuevo, sino que ha estado presente en gran parte de las lecturas del pasado.⁵ Los agentes históricos quedan en cierta forma prisioneros de esa esencialidad, algo que por lo demás una parte de la historia reciente, y el sentido común, parecen cuestionar. Las sociedades del Antiguo Régimen permanecieron como estamentales y castizas en su definición jurídica y teórica, pero experimentaron fuertes tensiones de movilidad social y espacial, y basta con visitar un archivo para darse cuenta de ello, lo que cuestiona la pertenencia pétreo a un grupo u otro, a una corporación o a una *nación*. Como hoy día, las identidades se componían de múltiples caracteres (económicos, religiosos, políticos, de origen, territoriales, sociales, étnicas, sexuales) cuya materialidad efectiva dependía enormemente del entorno y permitía grados variables de adaptación a situaciones nuevas. En este contexto ver esa potencia global como la yuxtaposición, más o menos forzada, de una serie de módulos compactos intercambiables, como fichas de un rompecabezas, sean estas territoriales o sociales, no parece satisfactorio.⁶

Afortunadamente las cosas han cambiado pues comprender la existencia misma, el desarrollo y el significado histórico de esta entidad ha sido uno de los elementos centrales de la reflexión sobre el origen de los mundos modernos y sobre el devenir de las sociedades que nacieron de ella. Comprender —¿es preciso recordarlo?— no consiste en emitir un juicio moral solemne en tal o cual sentido a partir de la proclamación de supuestos históricos inmutables y, dicho sea de paso, por lo general arcanos e intangibles. Comprender es interpretar la información disponible para poder explicar, siempre de manera provisional, las causas y los efectos de los procesos humanos, y, a partir de ellos, al aventurar los significados también producir certezas sobre ellos. Para hacerlo, el historiador elige un punto de vista propio y consciente que ordena la información accesible buscando extraer respuestas a la pregunta que formula. Ese punto de vista está muy condicionado por sus inquietudes, por las tradiciones culturales y por los entornos científicos y académicos,

⁵ Koselleck, 1993, cap. 10.

⁶ Fernández Sebastián, 2021, 49-55.

pero el punto de vista siempre será personal y asumirlo como tal es un ejercicio de libertad. Mirar desde un ángulo y enfocar ciertos objetos, significa “ver” cosas y pasar a segundo plano otras, y es bueno entenderlo con toda naturalidad, de la misma forma que es bueno comprender la razón por la que la perspectiva adoptada en este libro resulta tan novedosa y poco habitual en el estudio sobre la preeminencia ibérica.

Quizá un conocido relato de Gilbert K. Chesterton (1874-1936) sirva para explicar mejor la importancia del foco en historia, y ese relato es “The Invisible Man”, de 1911.⁷ El protagonista es un simpático personaje, John Turnbull Angus. Enamorado de la joven Laura Hope, Angus, que es correspondido en sus afanes, se compromete a proteger al señor Isidore Smythe, otro de los pretendientes de Laura, contra las amenazas homicidas de un tercero llamado James Welkin. Una serie de signos alarmantes hacen pronto temer por la vida del pequeño señor Smythe, quien se había atrincherado en una casa, donde se sentía en seguridad, pues el único acceso estaba controlado por cuatro personas entre las que estaban un portero, un criado y un vendedor de castañas contratado para la ocasión.

Inquieto, Angus recurre a un antiguo ladrón gentilhombre transformado ahora en detective: Flambeau, quien está pasando la velada con el improbable héroe de la historia, el padre Brown, que asiste a su otrora rival y ahora amigo y colaborador. Pero he aquí que cuando llega Flambeau a la casa, Smythe ha desaparecido y solo se puede constatar que hay un charco de sangre en su habitación. El conserje, que vigilaba la puerta, juraba y perjuraba que nadie había entrado por ella y que lo sucedido, por incomprensible, solo podría atribuirse a un ser sobrenatural, hecho que parecía confirmarse por las huellas encontradas en la nieve que conducían al domicilio. Así pues, la cuestión que se planteaba era si el responsable de la luctuosa desaparición había sido, o no, ese hombre invisible al que parecían denunciar el rastro en la nieve y que casaba bien con la lógica de los observadores: alguien había orquestado y realizado la desaparición de Smythe de este mundo, había pruebas de su paso, pero no se le había visto, así que debía ser, por lo tanto, un hombre invisible. Un ser que a la luz del día había llegado, volatilizado a su víctima y desaparecido.

La respuesta que dio el “pequeño sacerdote católico” implicaba una nueva forma de pensar respecto a los demás, un *tertium quid* si se prefiere. El asesino no *podía* haber sido un hombre invisible, porque tales seres humanos no pueden existir, y, sin embargo, sí había sido un hombre invisible. Chesterton invita al lector a reflexionar sobre un principio básico de la epis-

⁷ Uso una reedición de la de 1981 de Penguin del *Complete Father Brown*, en la que esta narración está en las páginas 64-77; mientras que no se puede dejar de remitir a otro texto fascinante e igualmente problemático sobre los métodos de deducción de los historiadores, su compromiso moral y la memoria pública: “The Sign of the Broken Sword”, que ocupa las páginas 143-157 en el mismo volumen.

temología por el cual las percepciones y la comunicación están orientadas por nuestros *a priori*s y nuestros contextos, y lo hace cuando el padre Brown ilustra su, solo en apariencia, contradictoria explicación sobre un hombre que es a la vez invisible y visible:

“Have you ever noticed this —that people never answer what you say? They answer what you mean— or what they think you mean. Suppose one lady says to another in a country house, “Is anybody staying with you?” the lady doesn’t answer “Yes; the butler, the three footmen, the parlourmaid, and so on,” though the parlourmaid may be in the room, or the butler behind her chair. She says “There is nobody staying with us,” meaning *nobody* of the sort you mean. But suppose a doctor inquiring into an epidemic asks, “Who is staying in the house?” then the lady will remember the butler, the parlourmaid, and the rest. All language is used like that; you never get a question answered literally, even when you get it answered truly. When those four quite honest men said that no man had gone into the Mansions, they did not really mean that *no man* had gone into them. They meant no man whom they could suspect of being your man. A man did go into the house, and did come out of it, but they never noticed him”.

“An invisible man?” inquired Angus, raising his red eyebrows.

“A mentally invisible man”, said Father Brown.

[“¿Han constatado esto: que la gente nunca contesta a lo que se le pregunta? Las personas responden a lo que significa la pregunta, o más bien a lo que ellos mismos creen que significa. Supongan que una dama pregunta a otra en una casa de campo “¿Hay alguien ahí contigo?” La otra no contesta: “Sí, el mayordomo, los tres sirvientes, la doncella, y demás”, aun cuando la doncella pueda estar en la misma habitación o el mayordomo detrás de su propia silla. Ella responde: “No; no hay nadie con nosotros”, refiriéndose con *nadie* al tipo de persona de la condición social a la que se refiere la pregunta. Pero supongamos que es un médico en una situación de epidemia el que pregunta “¿Quién está en la casa?”, entonces la dama sí recordará al mayordomo, a la doncella y a los demás. El lenguaje siempre se usa así: no se responden las preguntas de forma literal incluso cuando se responde con la verdad. Cuando estos cuatro honestos señores dijeron que no había entrado ningún hombre en las Mansions, no quisieron decir que *ningún hombre* había entrado. Ellos querían decir que no había entrado nadie del que pudieran sospechar que fuera el agresor. Un hombre entró y salió del edificio, pero sin que ellos lo constataran”.

“¿Un hombre invisible?” preguntó Angus levantando sus cejas rojas.

“Un hombre mentalmente invisible”, dijo el padre Brown].

El asesino no era físicamente invisible, de ahí sus huellas en la nieve, pero lo había sido para los espectadores que buscaban identificar la amenaza contra Smythe con algo que fuera extraordinario. En este caso, el del rela-

to de Chesterton, un hombre invisible lo es por resultar tan obvio, tan ordinario, que no parece ser relevante para la lógica inicial de su narrativa, o al menos para la atención de los frustrados protectores de Smythe, y, en esta ocasión, la invisibilidad procede de su propia cotidianeidad y de su supuesto carácter anodino, ¿y qué hay más cotidiano y más anodino que un cartero? En efecto, el villano del cuento pudo pasar gloriosamente por delante de ocho ojos humanos, acceder a la habitación, asesinar al pobre señor Smythe, meter su pequeño cuerpo en el saco de la correspondencia y salir ufano del edificio, todo ello por ir vestido de cartero, por ser un “mentally invisible man” a los ojos de todos o, bueno, de casi todos.

Este relato, tan rico en enseñanzas para el historiador, es más pertinente aún si se recuerda que en las últimas décadas han irrumpido con toda justicia nuevos objetos sociales y políticos que habían sido ignorados por la narrativa histórica por la simple razón de ser considerados cotidianos, anodinos y obvios, y, en consecuencia, por no haber jugado, no haberlo hecho desde esa perspectiva limitada del observador, un papel “importante” en la historia. Sin embargo, la constatación de sus huellas y el propio sentido común han invitado a considerarlos, aunque siempre exista el problema de si al hacerlo nos ceñimos a generar una nueva perspectiva limitada a lo que nos resulta ahora más próximo o si, como el padre Brown, los usamos para entender el significado de un conjunto mucho más amplio, tan amplio que sea total.

Como muestra el relato “The Invisible Man”, el foco, el punto de vista, por definición, hace perceptibles unos elementos y eclipsa otros, pero esos no dejan de existir y de afectar a los procesos que buscan ser comprendidos. Por mucho que haya sujetos historiográficamente invisibles, quedan sus huellas en la nieve del tiempo y en ese sitio maravilloso e inagotable que son los archivos, y es función del historiador constatar que si están ahí esos rastros es por haber sido dejados por sujetos históricos que no son, no deberían ser, transparentes a no ser que el observador, el historiador, los haga etéreos de la misma forma que Welkin lo es para Angus y sus asociados. La historia como disciplina, pese a su irrenunciable ambición de globalidad, siempre está en proceso de reconstrucción y ha acumulado en sus años de saber académico múltiples ocultaciones, intencionales o no, y ha producido explicaciones limitadas y bloqueos que, en lugar de buscar quiénes dejaban las huellas, ha explicado procesos recurriendo a inventar sujetos etéreos de todo tipo y naturaleza, colectiva, estética, moral o filosófica.

¿Cuestiona esto la validez de las certezas producidas por las investigaciones históricas? No, en absoluto: el trabajo acumulado sobre el pasado es precioso, con sus aciertos y errores, y nos sitúa en la cómoda posición de estar, por parafrasear a Bernardo de Chartres, sobre hombros de gigantes, dado que las propuestas que se hagan ahora se basarán en las certezas, los avances, pero también los límites, que podemos identificar en el trabajo de los